

que no, Francia que sí. Al estallar la guerra Inglaterra, fiel á su sistema, vejó en grande el comercio europeo, y hasta consiguió de los Estados-Unidos, por el tratado de 1794, hacerla partidaria de su sistema y esto fué lo que indignó á Francia y estuvo á punto de hacer estallar la guerra entre las dos repúblicas. Para vengarse Francia, había ya ordenado en 1.º de Noviembre de 1796, cerrado el territorio inglés á todo producto británico, amenazando con el embargo á todo buque que los introdujera en Francia, ordenando además la confiscación de todas las mercancías inglesas que en ella se encontrasen. Esto último hizo la necesidad que fuese letra muerta, pero habiendo el gobierno francés, en 1.º de Enero de 1798, dado una orden terminante de confiscación, el gobierno inglés contestó declarando contrabando todo producto francés, á lo que replicó el Directorio presentando á los Quinientos, en 8 de Enero, una ley en virtud de la cual, todo buque, cualquiera que fuese su pabellón, que fuera encontrado llevando á bordo mercancías inglesas era de buena presa, y además se declaraban cerrados los puertos franceses á todo buque que en su travesía tocase en un puerto inglés. Francia, pues, había acabado por ser tan despótica y tan anti-liberal como Inglaterra, y aún cuando en nada de esto suena el nombre de Bonaparte, lo que hizo más tarde Napoleón, nos dice bien claro que ese ensayo de bloqueo continental hubo de ser idea suya.

Otra idea suya que también no tuvo realización hasta los tiempos napoleónicos aparece en estos momentos. Portugal no quiso en modo alguno ratificar el tratado con Francia de que hemos hablado, y por consiguiente estaba de hecho en guerra con Francia, y Francia podía pedirnos, como luégo nos pidió, en virtud del funesto tratado de San Ildefonso, paso para un ejército destinado á guerrear en Portugal. Esto es lo que determinó el Directorio ó Bonaparte, y al efecto se separó á Augereau de su mando para entregarle el del ejército que debía penetrar en la península pasando á poner sus cuarteles en Peñpignan.

Si España hubiese tenido un rey ó un gobierno más político que los que tenía y que sólo se ocupaban en convencer al rey de Portugal ó su primer ministro Pinto de la necesidad de hacer la paz, hubiera aprovechado esta ocasión para arrancar el Portugal á la influencia británica, pero Carlos IV no podía comprender que él pudiera intentar nada contra un Estado que tenía por reina una hija suya, y esto cuando Pinto corría ciego á la perdición de su patria, tanto que, habiendo Carlos IV mandado de-

tener el correo que llevaba su negativa á ratificar el tratado pendiente, Pinto lo mandó luégo que lo supo por otro conducto. Pero aún así Carlos IV no cejó, sino que interponiéndose resueltamente entre el Portugal y Francia obtuvo que se discutiera en Madrid la celebración de un nuevo tratado bajo otras bases. Por estos servicios el regente de Portugal concedió á Godoy, que se había ya casado con la hija mayor del infante Luís (de España), el título de Evora-Monte, pero el Directorio sólo había cedido por condescendencia, y á su vez se negó á ratificar el nuevo tratado, de modo que continuaba en pie la cuestión entre Portugal y Francia, es decir que Bonaparte se dejaba una puerta abierta para entrar en la península cuando le conviniera. ¿No fué de esta manera como trató los Estados neutros y aliados de Italia?

España pedía también que se mejorase la situación del hermano de Carlos IV, el duque de Parma, pero la República francesa que no dejaba llevar el peso de la guerra naval contra Inglaterra, sin agradecerlos para nada los servicios que le prestábamos teniendo alejados del Mediterráneo á los ingleses, nos pedía, para aumentar los Estados del de Parma, que le cedieramos en compensación la Luisiana y la Florida. De esta política tan interesada y tan descortés se quejaba amargamente Godoy al embajador francés Perignon, recordándole que España llevaba ya perdida la isla de Trinidad á causa de su alianza con Francia, y esto que, conociendo el francés la grande vanidad y ambición del príncipe de la Paz, le había brindado el maestrazgo de Malta á condición... de que España se apoderase de la isla.

Viendo Bonaparte ó el Directorio que en España aún se reclamaba con energía contra sus temerarias exigencias, se dirigió á Holanda para someter la república batava del todo á su dirección.

Habíale costado á la república batava su alianza con Francia la mayor parte de sus escuadras y de sus colonias, y la lucha de los partidos aumentando la mala situación financiera motivada por la estancación de su comercio y la pérdida de sus colonias le habían quitado toda fuerza y estabilidad. Era, pues, más fácil hacer presa en Holanda que en España. El momento escogido era favorable á tal intento.

Al reconquistar Holanda su libertad le hizo olvidar su satisfacción de verse libre las reformas políticas que hechas en aquel instante no hubieran necesitado ser tan amplias como luégo se reclamaron. Conservóse, pues, la antigua Constitución elevando, empero, al rango de provincias, el Brabante

y la provincia de Drentha, pero esto no podía satisfacer las aspiraciones democráticas que iban aumentando todos los días y que acabaron por reclamar una Asamblea nacional y constituyente, que obtuvieron en Marzo de 1796. Pero esta Asamblea resultó tan dividida que tuvo que disolverse y convocarse otra nueva por el otoño del mismo año, y ésta consiguió, por fin, en Mayo de 1797, redactar un proyecto de Constitución que daba grandes pasos en favor de la unidad del Estado, que es lo que querían los republicanos por encima de todo en contra de los partidarios de la Confederación que querían la independencia provincial. Pero como esta Constitución pareció á los demócratas poco radical, y á los confederados demasiado avanzada, unos y otros hicieron que el pueblo lo rechazara en la reunión de las asambleas primarias de Agosto de dicho año. Holanda, pues, estaba perdida. No podía constituirse definitivamente, y los pueblos que no saben salir á tiempo de lo provisional, mueren en la anarquía bullanguera ó mansa. Hasta ahora el orden público no se había perturbado en Holanda, pero el orden moral estaba pervertido. El gobierno después de la derrota de Camperduin había pedido nuevos sacrificios para rehacer su escuadra, pero las provincias se negaron rechazando el empréstito forzoso decretado por el gobierno. Holanda, pues, estaba sin tropas, sin escuadra y sin Hacienda.

Holanda tenía como embajador de Francia al Jacobino Delacroix, el ex-ministro de Estado, y de general de las tropas que daban guarnición en Holanda á Joubert que no quedaba en zaga en punto á republicanismo. Con tales elementos dentro de Amsterdam el partido radical estaba seguro de poder contar con su apoyo, así se les ve redactar un proyecto de Constitución firmado por sus cuarenta y tres diputados pidiendo la abolición de todos los privilegios aristocráticos y religiosos, la unidad del Estado, de la representación nacional y de la hacienda, y la abolición de los Estados y cajas provinciales.

Este proyecto lo presentó á la Asamblea nacional una comisión de ciudadanos de Amsterdam reclamando su inmediata discusión, y como la Asamblea comprendía quienes estaban detrás de los ciudadanos de Amsterdam, decretó el 15 de Enero de 1798 la discusión inmediata. Esto era desbaratar los proyectos que habían formado los que deseaban apoderarse de los recursos todos de Holanda.

Llegaba á Amsterdam el mismo día 15 de Enero Delacroix y á los cinco días hacía elegir á Midderigh para presidente de la Asamblea nacional.

Midderigh que era uno de los cuarenta y tres, reunió por la tarde del 21 á sus cuarenta y dos colegas, les hizo cerrar las puertas de la ciudad durante la noche, y llamó á Docendels y Joubert para que dispusieran sus tropas para sostenerle; al día siguiente, al abrirse la sesión, los generales pusieron presos á veintidos diputados federalistas. Libre Midderigh de la oposición hizo decretar su proyectada Constitución, que prescribía la formación de un Directorio compuesto de cinco miembros. A los pocos días, esto es, al saberse en París lo ocurrido, Bonaparte reclamaba á Holanda 250' chalupas cañoneras y buques de transporte. A Holanda ya no le quedaba más recurso que obedecer.

Al golpe de Estado holandés sucedió el Cisalpino. Bonaparte había organizado la república Cisalpina con un personal francés. El general Vignolles era el ministro de la Guerra, el intendente Holler, el ministro de Hacienda, etc., y además procuró someter todos los organismos á una disciplina severa como la que Bonaparte quería para Francia, y por consiguiente, ató corto á la prensa. Al entrar en funciones los dos Consejos, el Gran Consejo resultó liberalísimo y hasta exagerado. Principió por decretar la libertad absoluta de la prensa, y continuó suprimiendo la policía. Luégo decretó que el Cuerpo legislativo nombraría á los diputados, y á seguida votó que se castigaría á los diputados que no asistieran con regularidad á las sesiones. Después se suprimieron los derechos de estola y pié de altar, se confiscaron los bienes del clero, se convirtió á los teatros en escuelas, y ya en vena se decretó que serían encerrados en los manicomios los nobles que no renunciaban á sus títulos. En verdad, en la Cisalpina merecían ya todos el manicomio.

El Directorio cisalpino y el Consejo de los Ancianos de la república, pusieron cuidado sumo en corregir los extravíos reformistas del Gran Consejo que llevaban la perturbación al país, y los ancianos cisalpinos no abandonaron su patriótica y serena actitud al encontrarse frente á frente con los protectores de la Cisalpina.

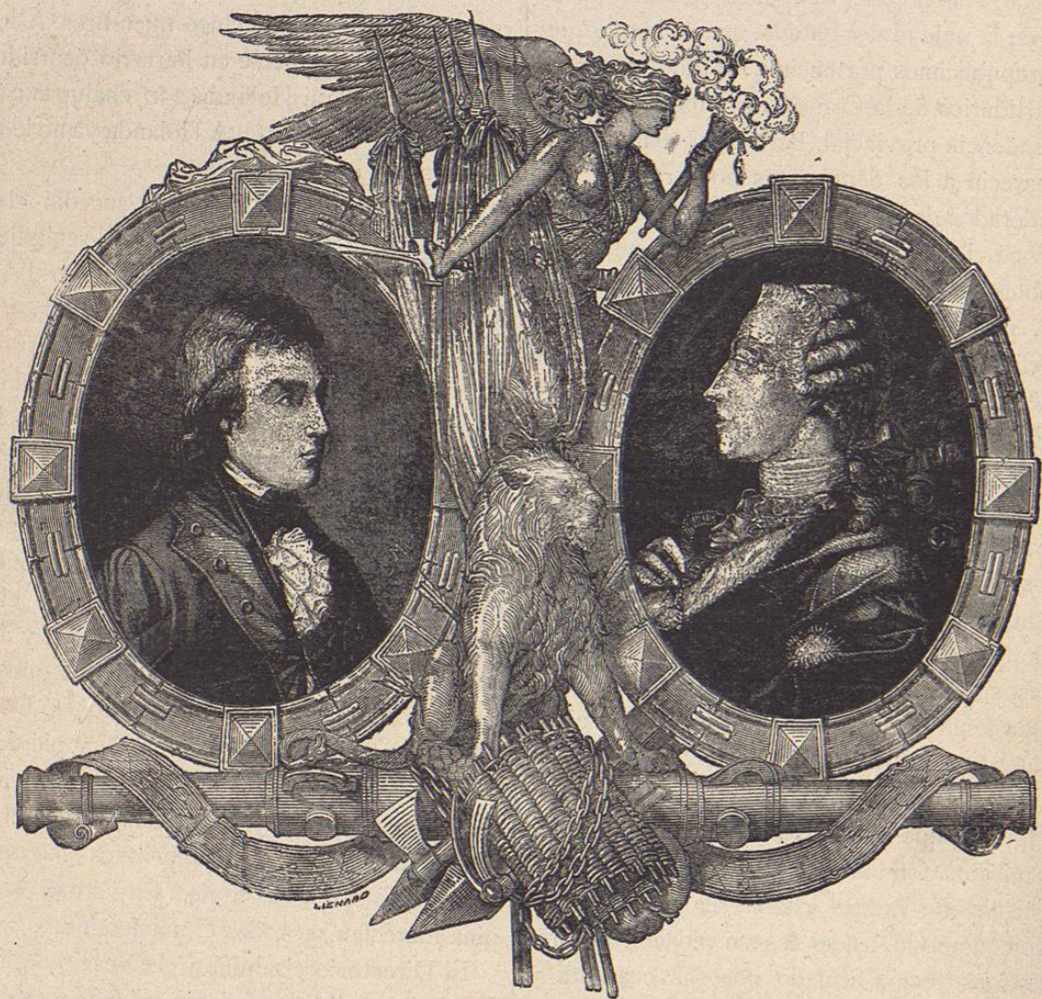
Dió orden el Directorio cisalpino que Visconti su embajador en París auxiliado por Serbelloni su enviado extraordinario negociaran un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre las dos repúblicas, y Bonaparte dió la minuta del mismo á Talleyrand. Inútil decir que de firmarse la Cisalpina quedaba á merced de Francia. Visconti se negó terminantemente á firmarlo, á pesar de que Serbelloni opinaba que debía aceptarse, y en su consecuencia, se modificó, pero lo esencial, la permanencia de un



cuerpo de tropas francesas por el que se debía abonar diez y ocho millones anuales quedaba convenido. El Directorio cisalpino aceptó, y aceptó el Gran Consejo lo convenido en París, pero no los Ancianos que no podían consentir la permanencia de las guarniciones extranjeras. El Directorio declaró inconstitucional lo que habían hecho los Ancianos; al Gran Consejo le pareció también mal, pero aún

cuando los Ancianos consintieron en una segunda deliberación, no mudaron de consejo.

En vista de esta persistencia, el Directorio excluyó de los Ancianos á los que estimó jefes de la resistencia ordenando á lo que dejaba en pié de la Asamblea que deliberase por tercera vez,—15 de Marzo de 1798.—La Cámara mutilada aprobó, y el *Moniteur* pudo anunciar que el tratado se había ra-



FEDERICO GUILLERMO III y VICTOR AMADEO

tificado con el mayor entusiasmo y que el orden reinaba en la Cisalpina.

Los franceses, pues, se quedaban en Italia. La toma de posición de Roma fué sangrienta.

Con mal consejo se había creído por el gobierno pontificio que se podía llamar al general austriaco Provera para organizar el ejército papal. Esto sucedió antes de salir Bonaparte de Italia, y dicho se está que éste se apresuró á escribir á su hermano José, que estaba de embajador de Francia en Roma para que le dijera que equivaldría á una declaración de guerra la entrada de Provera en Roma. El gobierno pontificio desistió.

Dicho se está que los pocos ó muchos demócratas que tuviera á la sazón Roma, no podían ver sin envidia el Norte de Italia y las legaciones convertido todo en repúblicas, y que por consiguiente, debían agitarse para democratizar á Roma lo que debía inspirar un santo horror á los cardenales. Estos, pues, se atrevieron á echar mano á sus jefes, y José por orden de Talleyrand tuvo que reclamar su libertad, pues se le dió orden de que protegiera á todo trance á los demócratas.

Esta protección ensoberbeció á los demócratas y no se pasaba día sin riñas y contiendas entre ellos y los soldados y policías del Papa. En la noche del

27 de Diciembre de 1797 hubo una fuerte colisión de la que resultaron un demócrata muerto y dos soldados pontificios heridos. Al otro día 300 demócratas se reunieron en la villa Médicis, y el general francés Duphot que hacía pocos días había llegado á Roma se presentó allí á exhortarles á que recobrasen su libertad sacudiendo el yugo del Papa. Pero compareció la fuerza pública que los puso en fuga marchando todos

á la embajada francesa refugiándose en su patio. Allí eran sagrados é inviolables por el derecho de gentes, los soldados se quedaron á la puerta. Pero á poco llegó un destacamento de dragones y no pudiendo sufrir con paciencia los denuestos de los de adentro hizo fuego resultando muertos y heridos algunos de los que allí estaban. Al ruido de las descargas bajaron al patio José Bonaparte y el general



Recepción en casa de Barras

Duphot acompañados de la gente del palacio; á su vista los soldados que habían penetrado en el patio retrocedieron pero descargando por segunda vez sus fusiles contra los demócratas por encima de las cabezas de José y Duphot, entonces estos sacaron sus espadas para defenderse de la agresión, y los soldados se llevaron á la calle á Duphot en donde le mataron á tiros. José consiguió cerrar las puertas de su palacio, reclamó en vano que se dejara salir libremente á los allí reunidos al cardenal Doria, y aunque éste se apresuró á declararle que se le darían toda clase de satisfacciones, José salió de Roma el 29 dando de todo lo ocurrido parte á su gobierno al llegar á Florencia.

Bonaparte no aprobó esta vez lo que había pasado en Roma. Creía que aún debía dejar en pié la

curia romana, pero ya no era posible retroceder, y el 10 de Enero de 1798 enviaba orden á Berthier, que mandaba en jefe las tropas que había dejado en Italia, que vigilase la línea del Adige para prevenir la intervención de Austria, y que con 14.000 hombres marchase sobre Roma, dejando en Ancona 7.000 de la Cisalpina para vigilar al rey de Nápoles, y si en efecto éste se movía ordenábale que mandase á Brune á Nápoles para prevenir á su rey que sobre implicar esto la declaración de guerra, por parte de Francia, le impedía hacer á ésta algo para Nápoles en el momento mismo en que iba á abrir la campaña de Oriente que había de recompensar su neutralidad. Como se ve, era Bonaparte quien mandaba en todas partes, quien estaba en todo, y esto teniendo Francia su Directorio y sus ministros.